

EL CENTINELA DE LA HOMEOPATIA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, tres meses	10
Medio año	19
Un año	30
Provincias, medio año	24
Un año	40
Estranjero y Ultramar, un año	48
Este periódico sale los días 1.º, 10 y 20 de cada mes.	

PUNTOS DE SUSCRICION.

Madrid.—En la redaccion, calle de la Encomienda, núm. 19, donde se reciben las reclamaciones, anuncios y comunicados, y en la libreria de Bailly-Bailliere, calle del Principe, núm. 11.
Provincias.—En casa de los correspondientes de Bailly, ó remitiendo al administrador del Centinela el valor de la suscripcion en libranza sobre correos.

En el número anterior prometió el *Centinela* concluir con el presente la cuestion entablada con la institucion farmacéutica, aclarando las atribuciones que las leyes, la moralidad y la conveniencia pública conceden á los boticarios y á los médicos, sobre la preparacion y administracion de los medicamentos; y añadimos, que dispuesto el artículo para este objeto, habíamos tenido que retirarlo de la imprenta, porque á ello nos provocó el malaventurado capricho de señor comadron, catedrático de partos, de quererse atribuir nada menos que la curacion del señor marqués de Claramonte que padecía una *melena*; enfermedad que jamás ha curado el señor maestro de obstetricia, por mas ágil que sea en hacer tortillas con las dos ramas de su *forceps*, de las inocentes cabezas de las criaturas que andan un poco pesadas en asomar los ojos á la luz del mundo. Pero hoy que descabamos dejar concluida en este terreno la cuestion sobre las atribuciones farmacodinámicas, y no volvernó acordar de que habia boticarios en el mundo (¡ojalá no los hubiera!) supuesto que ya tampoco tenemos necesidad de entendernos sobre la curacion del Sr. de Claramonte, porque el buen tocólogo que pretendia usurpar á la Homeopatía el mérito de esta curacion, se ha dado por vencido y retirado del combate algo mohino y avergonzado, tenemos, sin embargo, el disgusto de arrancar por segunda vez de manos de los cajistas la conclusion de nuestra competencia

con los pucherologos (1) para ocuparnos de objeto mas preferente.

La prensa alópata alumbrada por la *Linterna médica*, y saliendo de la sesuda calma con que por muchos años ha caminado cantando responsos á los difuntos que sus correligionarios en alopatía mandaban al otro mundo, suelta las riendas á su cabalgadura, y plántesenos al lado del barquero Caronte para cerrar los ojos y no ver los miles de pasajeros que la barca recibe, enviados por los alópatas, y examinar detenidamente si por casualidad va alguno, entre tanto muerto alópatamente visado su pasaporte, que lo lleve con refrendo de la Homeopatía. Poco cuidado habria de darnos la *Linterna* con su luz *fátua*, y sus cólegas con su clamoreo y sus ayes, muy parecidos á los de una vieja que se muere de frio, de hambre y de abandono, si estos no hubieran llegado á compadecer á la *Nacion*, que de misericordia y engañada, ha tomado un dia la enojosa tarea de ayudar á la farsa alópata, aunque al siguiente, mejor informada, ha abandonado á los farsantes que la habian comprometido á tomar inocentemente la defensa de una causa, que ellos mejor que nadie sabian que era injusta.

Para dar una satisfaccion tanto á aquel

(1) Asi hemos oído al señor don A. A. Camus, catedrático de la universidad central, llamar á los boticarios. Si á estos buenos señores no les agrada el nombre, los remitimos al inventor, que les explicará la etimología.



periódico político, como á nuestros lectores, del hecho que ha motivado ese ataque injusto, colocar los sucesos en el lugar que les corresponde, y decir lo que en adelante haremos en el terreno de la práctica médica y de sus resultados estadísticos, preciso es tomar los hechos en el principio, de donde ha partido la causa que ha dado origen á ese ataque.

El brigadier D. Miguel María Paniagua, padecía una afección asmática que estaba tratando el doctor homeópata Sr. Nuñez. En este tiempo se vió repentinamente atacado el brigadier de un tifo paralítico, que desde el primer instante de su invasión dejó adivinar que su resultado seria la muerte. Las disposiciones que el señor Nuñez adoptó haciendo que el enfermo recibiera los auxilios espirituales, y arreglara su testamento, etc., prueban de una manera patente, que el doctor Nuñez no desconocía el peligro, y sabía que el arte no podía triunfar en este caso de la malignidad de la dolencia del Sr. Paniagua. Y si esto no fuera suficiente para demostrar que el gefe de la Homeopatía, conociendo todo el valor de los medios que emplea, y conociendo tambien que los que usa la alopatía jamás han llegado ni llegarán con mucho adonde aquellos alcanzan, queriendo ponerse á cubierto de la responsabilidad de la muerte del señor Paniagua, que era segura, y evitar que los alópatas, siguiendo la costumbre que han establecido de desfigurar los hechos, pretendieran luego deducir alguna de las estúpidas consecuencias que suelen, propuso la celebracion de juntas, á las que concurrieron el doctor Hysern, homeópata, y el señor Arce, alópata consumado. En ellas manifestó el Sr. Nuñez que la gravedad era superior á los recursos del arte, y que no habia probabilidad de obtener la curacion; que si la alopatía, ó cualquiera otro profesor homeópata, contaba con medios de hacer frente al peligro en que se encontraba el brigadier Paniagua, se alegraría de que los emplearan, y que el éxito fuera favorable. Los profesores de las dos escuelas, presentes á estas consultas, fueron de la misma opinion que el doctor Nuñez; y ninguno hubo, ni homeópata, ni alópata, que pudiera ofrecer un tratamiento de mas lisonjero porvenir, conviniendo todos en que la muerte

del brigadier era una cosa científicamente inevitable.

En efecto, el malogrado D. Miguel María de Paniagua, sucumbió por paralización completa de los pulmones.

Este es el hecho, tal como ha tenido lugar.

El coronel D. Dionisio Mondejar, amigo del Sr. Paniagua, que se hallaba en la habitacion de este, profundamente afectado al considerar el peligro en que su amigo se encontraba, se vió tambien invadido instantáneamente de la misma enfermedad que el Brigadier padecía, y de una manera tan violenta fue acometido, que ni aun le dió tiempo de restituirse á su casa. Avisado el Excmo. Sr. D. José Nuñez, anunció desde el primer momento á los numerosos amigos del Sr. Mondejar, que la enfermedad que á este aquejaba era de la misma índole que la del Brigadier, y el peligro tan inminente como el en que se hallaba su amigo Paniagua. En consideracion á este pronóstico, decidióse desde luego la reunion de profesores homeópatas y alópatas, para ver si era posible la salvacion del enfermo. Los Sres. Arce y Briz, profesores de alopatía, y los médicos homeópatas Sres. Nuñez é Hysern, fueron convocados á esas reuniones. En ellas el Sr. Nuñez repitió lo que habia dicho en las que se habian tenido para el Sr. Paniagua; que la enfermedad era grave é insidiosa, el peligro amenazador y los medios terapéuticos inferiores á la malignidad de la dolencia; que en casos semejantes, la muerte era la regla general, y la curacion solo se alcanzaba en casos muy escepcionales. En esto mismo convinieron los alópatas, y ninguno ofreció medios mas eficaces, ni de éxito mas seguro, ni quiso quedar encargado del tratamiento del Sr. Mondejar. ¿Ni cómo se habian de encargar? ¿Quién es capaz de curar un enfermo, cuya muerte haya pronosticado el doctor Nuñez? ¿Qué profesor de alopatía puede gloriarse de haber hecho una curacion, que no ya el gefe de la Homeopatía, sino un homeópata cualquiera, haya encontrado imposible? Lo contrario sucede todos los días; esto ni ha sucedido, ni sucederá jamas.

El coronel D. Dionisio Mondejar, dejó tambien de vivir, como el brigadier Paniagua, por completa paralización del pulmon.

Desfigurando los dos casos que hemos

referirlo, con la exactitud que los homeopatas acostumbran, y suponiendo los linterneros que las enfermedades de que han sucumbido Paniagua y Mondejar eran *pulmonías* y *pulmonías mentiras*, ó lo que es lo mismo, simples catarros, han pretendido deducir de estas dos defunciones, la irracional consecuencia de, que la Homeopatía era una medicina *bárbara*. ¡Consecuencia digna de haberse fraguado en el molde de la peluca del Doctor F....! Si no encontráramos en la *Linterna* otros rastros marcados por la pazuña de un *elefante*, nos sobraría este para descubrirlo. Por fortuna la *Linterna* está tan asquerosamente manchada de aceite, que á cien pasos se conoce que la atiza un aceitero.

Volvamos á las dos defunciones. por las que pretenden los alópatas inferir que la medicina de Hahnemann se acredita *bárbaramente*, y entrémonos en la estadística, que es justamente la piedra de toque de la medicina, y á la que ahora inocentemente se nos vienen los alópatas, despues de haberles estado nosotros llamando á ella mucho tiempo, sin poder conseguir que aceptaran este terreno, el único legítimo para disputar la victoria definitiva.

Dos personas han muerto en el mes de enero, tratadas homeopáticamente, aunque con audiencia y deshancio tambien de la alopatía. Este es un hecho verdadero, y nosotros no pretendemos atribuir de modo alguno á nuestros contrarios la defuncion de estas dos personas. Reconoceros y confesamos que nuestra medicina ha sido insuficiente para restituir la salud á estos dos enfermos que sucumbieron. Y qué se deduce de aqui contra la Homeopatía? Dedúcese, según los alópatas, que es *bárbara* nuestra doctrina, porque no ha podido impedir la muerte en esos dos casos.

Aceptamos el argumento, y lo devolvemos no solo á los alópatas, sino á todas las personas que esten dotadas de buen sentido, y decimos; si los homeopatas egercen una medicina *bárbara*, porque en el espacio de un mes dejan morir dos enfermos de los innumerables que asisten los alópatas que en solo ese mes llevan enterrados en Madrid mas de setecientos; cómo deben calificar á la medicina que egercen? Y no se crea que es una exageracion nuestra fijar esa cifra, para reducir la opinion en favor de nuestra doctri-

na, no. Por las puertas de la capital han salido en el mes de enero mas de *setecientos* cadáveres, como salieron en el último diciembre, *setecientos noventa*, y en todo el año pasado, *siete mil ochocientos cincuenta y ocho*. ¿Y quién ha refrendado el pasaporte á todos esos viajeros á la Eternidad? Los alópatas, que llaman *bárbara* á la Homeopatía porque ha sido insuficiente para salvar dos enfermos. ¿Por donde ha desaparecido pocos dias hace el virtuoso decano de la facultad de jurisprudencia de la universidad central? ¿por donde? Los alópatas lo saben. ¿Quién ha robado de nuestra sociedad en estas últimas semanas al príncipe de Anglona, al conde de Corres, á los generales Ameller y Cañas, al médico Tarrago, al magistrado Manescau, al ex-ministro Caneja, al presbítero Parra y Padilla, etc.? Quién? Los alópatas lo saben. ¿Por quién han sido arrancados del seno de sus familias, el doctor Cazcarray de Torres, la señora García de Perez, don Francisco Arteaga, D. Andrés Ibarra, doña Concepcion de Sosas Marquesi, D. Manuel Alcocér, D. Pedro Malo, D. Francisco Basualdo, D. Manuel Seralaes, D. Andrés Gargallo, D. José Bedmar, D. Antonio Gil y Segovia, y tantos otros como en este mes último se han perdido de entre nosotros? Por quién? Los alópatas lo saben. ¿Qué se ha hecho del dueño del café de la Iberia á quien un dia vimos bueno en su casa, y tres despues ya no estaba en ella? qué se ha hecho? Los alópatas lo saben.

Pues si los alópatas han sido los que han visto morir en el mes de enero esas personas, que por mas visibles hemos citado, y hasta el número de setecientas, cuyos nombres no queremos apuntar, por que no son de necesidad á nuestro objeto cómo se atreven á tocar la cuestion estadística cuando saben que en ella han de ser completamente derrotados? Hasta en esto demuestran el aturdimiento y la desesperacion de que se hallan poseidos, viniéndonos torpemente al terreno á que hace seis años los estamos provocando en vano. Pues bien; ya que estan en él, y que aceptan la prueba de los números, á esa prueba nos atendremos.

Quede consignado por ahora, que para *setecientos* muertos que han salido por las puertas de la capital, enviados con recomendacion alopática al cementerio desde

el 1.º hasta el 28 de enero, dos solo han llevado permiso de los médicos homeópatas.

Desde el número siguiente nos proponemos, (y contamos con elementos suficientes para llevar á cabo nuestro propósito) publicar la estadística auténtica de las defunciones que ocurran en los diez días que median entre cada número del *Centinela*, con espresion exacta y verídica de las que sean autorizadas por alópatas y por médicos homeópatas. Esta será á falta de hospital homeopático la piedra de toque, en que vendrá á probarse, cuál de las dos medicinas cura mas, ó cuál de ellas mata menos, segun espresion de la *Linterna*. Si á nuestros adversarios tan arrogantes como torpes, nos les agrada esta prueba á que nos sometemos todos, que secunden para con el Gobierno nuestra solicitud, y que se nos conceda un hospital en donde entren tantos enfermos como en el alopático; y siempre que de cada mil que se asistan en cada uno, dejen de morir en el nuestro tres cuartas partes menos que en el alopático, ó lo que es lo mismo, siempre que por cada diez que se nos mueran, no envíen ellos cuarenta lo menos al otro mundo, suscribimos á que se nos llame justamente lo que hoy nos apellida la envidia y las malas pasiones de nuestros adversarios.

Estamos autorizados para declarar que el Excmo. Sr. D. Joaquin Hysern y Molleras, á quien parece que alude el primer número de la *Linterna medica*, suponiéndole arrepentido de la práctica de la Homeopatía y dispuesto á volverse á las filas de los sangradores, no solo está plenamente convencido de que la *única medicina verdadera*, capaz de llevar á buen término las enfermedades susceptibles de tenerlo, es la *medicina de Hahnemann exclusivamente*, sino que preferiría retirarse de la práctica del arte de curar, antes que administrar en ninguna ocasion el mas sencillo medicamento alopático, porque el erudito catedrático de fisiología sabe bien que estos medios de que la alopátia se sirve, lejos de contribuir á la curacion

de los enfermos, producen con frecuencia el efecto contrario.

SECCION CLINICA.

En corroboracion de la infalibilidad del gefe de los alópatas, del *sabio* decano que nunca se equivoca, del gran médico que todo lo conoce y todo lo cura, segun su cuadrilla afirma, y que conoce muy poco y cura mucho menos, segun el *Centinela* cree, vamos á dar noticia á nuestros lectores de un chasco que se ha llevado Su Ilustrísima en la curacion de un enfermo, que segun la *alta sabiduria* del buen decano, se iba á chorros (1) al otro mundo.

Don Nazario García, diamantista que vive en la calle de Carretas, fué acometido hace poco tiempo, de una enfermedad, que su médico de cabecera, señor Montero, clasificó de *pulmonia*. Ocho dias llevaba de luchar con su dolencia, y mas que con su dolencia con la sanguinaria sabiduria de su médico (mal dicho, de su alópata), y ya se encontraba el D. Nazario tocando con el borde del sepulcro. Cuatro sangrias, algunas docenas de sanguijuelas, una cantárida pequerita, de una vara, y alguna otra banderilla, ya simple ya de fuego, eran las frioleras, que aunque podrian matar á un gallego robusto y sano, se habian aplicado al Sr. García, enfermo, con el fin laudable de curarle su enfermedad. No faltaban mas que perros, media luna y cachetero. Ahora vamos á ver si hubo algo de esto.

Resistiéndose á los poderosos medios bárbaros curativos la dolencia de D. Nazario, decidióse entre el alópata de cabecera, que tan buenas muestras habia dado en ocho dias, no ya de desgarrar á su enfermo, sino de ser muy hombre de hacerlo tambien científicamente con un toro de Jarama, y la familia del lanceado y banderilleado doliente, la convocacion de una junta, alópata pura. Los señores Escobar y Roviralt fueron llamados á ella. Nuestros lectores sabrán si en esta junta habia ó no perros y cachetero. Nosotros creemos que todo lo mas que podía jurarse en buena conciencia, es que si algo de aquello faltaba, no era lo último. El Sr. Roviralt estaba allí... y... opinó como su compañera el Sr. Escobar y el de cabecera, que la enfermedad era una *pulmonia* gravísima, y que además de insistirse en los racionales medios empleados por el Sr. Montero con éxito desastroso, debian administrarse los últimos sacramentos que nuestra Iglesia Santa tiene reservados para los que están en peligro de muerte. Así se hizo. A pesar de esto el enfermo empeoraba por instantes.

En los grandes peligros los grandes remedios: en las grandes enfermedades, los grandes médicos (2). Fundados en este antiquísimo refran, buscaron los interesados al Sr. Gutierrez, decano de alopátia, para

(1) Si la espresion parece chavacana á nuestros lectores, la fidelidad que el comadron del *forceps* nos ha enseñado con aplicacion á la historia, nos manda transcribirla. El Sr. Gutierrez hizo su pronóstico en esa frase.

(2) Perdónese V. Ilma. señor decano, la comparacion; no se aplique lo de grande, que no es á V. Ilma.; ya sabemos que es *pequerito*.

que se celebrara otra junta con asistencia tambien de los otros profesores, y aquella misma noche tuvo lugar la consulta. En ella dijo el *sábio* decano que la enfermedad no era, como habiam creído hasta entonces los otros *alópatas* una *pulmonía*, sino una *fiebre maligna*; y cuando llegó á tratar del pronóstico, no solo confirmó la gravedad, sino que dijo, que no habia esperanza de curacion y que el enfermo se iba á chorros. El Sr. Lario que á las once y media de aquella noche fué buscado para encargarse del enfermo desahuciado, hizo en esta ocasion lo que cumple á un médico que conoce el objeto de su mision: habió poco, como acostumbra; y curó al doliente, que segun aquellos se moria sin remedio, y segun el *sábio* decano, se iba á chorros.

Desde aquella noche en que el enfermo fué desahuciado por la *alopatía*, se encargó el Sr. Lario esclusivamente de su asistencia, y al dia siguiente ya se iba á chorros, no el enfermo á la sepultura, sino el pronóstico del *sábio* decano y su cuadrilla de banderilleros, adonde merecen.

Don Nazario García se encuentra hoy bueno, aunque sin permiso del Sr. Gutierrez, y tanto, que hace quince dias, hizo un viaje de 50 leguas.

En estos últimos tiempos ha tenido lugar una de esas sorprendentes curaciones, que por fortuna de la ciencia y de la humanidad van siendo tan frecuentes; debida á los auxilios de la *homeopatía*. Un jóven, hijo de una persona muy conocida en los círculos de la aristocracia y de los negociantes bursátiles, padecía una grave enfermedad, clasificada de hipertrofia del corazon, si el *Centinel* no se enaña. Mucho tiempo hacia que estaba tratado por los *alópatas*, sin haber logrado que la dolencia cesara; y lo que es más, sin haber contenido los progresos ascendentes de tan grave enfermedad con el uso de la *digital purpurea*, y otros mil medicamentos *alopáticos* indicados, que es lo mismo que decir, que su indicacion para el *Centinel* era la de perjudicar al enfermo grandemente. El resultado justificaba la exactitud de esta creencia del *Centinel*: el enfermo con esa medicacion empeoraba mucho y de prisa.

Intercurrentemente á este padecimiento presentóse un *catarro sofocante*, que bien pudo ser consecuencia de.... ó lo que es lo mismo, la marcha de la enfermedad crónica, adquirió repentinamente la forma aguda, y el peligro del enfermo se hizo inminente.

Así lo manifestaron á la familia del enfermo los profesores de la *caduca* escuela, que estaban encargados de su asistencia, llegando ya el extremo de pronosticar la terminacion fatal para el mismo dia ó el siguiente, en que celebraban su postrera junta *alopática*. Aunque muy opuesta á la *homeopatía* la familia del jóven enfermo, sobre quien recaia tan adverso pronóstico, decidíase al fin á recurrir á un médico *homeópata*, con la prevención siempre que es de suponer, en personas que se habian burlado grandemente del poder curativo de los *globulillos*. Anádase á esta prevención que el doctor D. Bonifacio Gutierrez era uno de los pronosticadores de la muerte, y esto buen señor ha adquirido (bien injustamente, por cierto) la opinion de infalible para casos de esta especie, y se podrá formar una idea de los auspicios bajo que se

presentó el médico *homeópata*, en la habitacion del señor Goicorrotea. Cuando el doctor Nuñez oyó la relacion que de la enfermedad hicieron los *alópatas*, y antes de ver al enfermo, ya pudo hacer lo que en algunos meses y aun años de verlo continuamente no habian hecho los señores profesores de *alopatía*; adivinó la causa y origen de la enfermedad, que no habian adivinado ni sabido encontrar los *alópatas*; vió despues al enfermo y lo halló con disnea, ortopnea, estremada fatiga, color livido del rostro y amenazado por momentos de sofocacion, inyeccion de los capilares y completa *anasarca*. En presencia de este cuadro, á que estaba la muerte de *centinela*, el pronóstico del doctor Nuñez no pudo ser favorable á la terminacion de la enfermedad, pero tampoco lo pronunció absolutamente fatal. Dijo que la enfermedad habia hecho grandes progresos, y que si bien la *Homeopatía* tiene recursos eficaces y poderosos contralas enfermedades de esa clase, cuando el *homeópata* las trata desde el principio, no los posee tan seguros cuando el enfermo ha sido pinchado, sujado, quemado y atestado de medicamentos *alopáticos*, como la *digital purpurea*; por consiguiente, que no quería administrar medicamento alguno, porque si bien no desesperaba completamente de corregir aquel estado, tampoco tenia gran confianza en poder alcanzar la curacion. Dicho esto salió de la habitacion y de la casa. Aun no se habia retirado de ella veinte pasos, cuando corrió en su busca una persona muy interesada en la curacion del jóven enfermo, rogándole encarecidamente que no abandonase en semejante desolacion á aquella familia, que volviese á subir y administrase, aunque no tuviera gran esperanza de buen éxito, el medicamento que juzgase útil, porque los profesores de *alopatía* no tenian que mandar, y se ratificaban en que la muerte vendria muy luego á poner término al angustioso estado del pobre enfermo. A estas instancias, el doctor Nuñez volvió á subir, preparó el medicamento que creyó conveniente, hizo dar al enfermo la primera dosis, y un cuarto de hora despues la angustia habia disminuido, la respiracion era mas fácil, el color del rostro mas animado, y la muerte se separaba avergonzada de la victima, que ya creia suya. Así continuó progresando el alivio, minuto por minuto, hora por hora, y dia por dia, encontrándose pronto convaleciente, el que poco antes se hallaba bajo la influencia fatídica del pronóstico mortal del doctor de *alopatía*, señor Gutierrez; y hoy se encuentra completamente curado de una dolencia, que en opinion de los profesores de todos los siglos, ha sido siempre mortal.

Recomendamos eficazment; á la *Linterna* el caso que antecede, para que haga si puede con él, lo que nosotros vamos á hacer en otra seccion con los doctores que usana nos ha presentado.

VARIEDADES.

SEGUNDO ALUMBRAMIENTO.

Bajo este epigrafe querian los *linterneros* embaucar á sus lectores, que tienen mejores tragaderas que el *CENTINELA*, de la ineficacia á perjuicio de los medi-

camentos homeopáticos, haciendo una relacion á su manera de la enfermedad de que falleció la señora que vivia en la calle del Principe, núm. 18, cuarto 3.º de la izquierda. Como el CENTINELA sabe de muy antiguo y de muchas veces probado, que el Sr. Lario no deja morir sus enfermos con la facilidad que los alópatas ayudan á llevar á la sepultura los que tienen la desgracia de caer en sus garras, ha averiguado lo que habia de verdad en esa relacion de los alumbrados lintneros, y hé aqui lo que ha resultado de sus indagaciones.

Si los lintneros, ó los que no lo sean, quieren ver el original del siguiente certificado, en la redaccion del CENTINELA se encuentra.

Alumbra linterna, que se ve poco.

Certifico yo, Rita Sausa, hermana de la difunta doña Soledad, que el día 22 de diciembre pasado fué acometida mi hermana de vómitos biliosos; se llamó para su asistencia á don Bartolome Mendez, quien dijo no era cosa de cuidado, y la administró una purga (1), que siguió tomando dos dias, al cabo de los cuales estando la enferma mas grave, la administró otra purga (2), y viendo que la enferma se agravaba por momentos, se llamó al Sr. Lario cuando ya arrojaba el escremento por la boca, y se encargó de su asistencia; habiendo quedado enteramente satisfecha del esmero y cuidado que ha manifestado en la asistencia de mi hermana (3) del que ya me he dado pruebas en otra enfermedad que he padecido, y de cuyos conocimientos me utilizaré siempre que tenga necesidad; siendo falso (4) cuanto se diga en contrario de lo que llevo referido. Madrid 27 de enero de 1851. Calle del Principe, núm. 18, cuarto 3.º de la izquierda.—Rita de Sousa.

¡O Linterna, Linterna! qué mal alumbrada estas, á pesar de la habilidad de maese Pedro, el caramelo de los catedráticos. ¡Alumbra, pues, alumbra los cadáveres, que nos querias adjudicar, siendo de tu hechura! Alumbra Alumbra.!!

EL SEÑOR MATA, MATANDO LA HOMEOPATIA.

«Señores, yo no he venido aquí á dar alfilerazos á la Homeopatía. He venido á clavarla la espada en mitad del corazon, para que se agite con las convulsiones de la agonía, síntomas precursores de la muerte.» Esto decia al empezar su segunda leccion en el Ateneo el catedrático de toxicología de la facultad de Medicina: esto mismo hace sesenta años que se está repitiendo de uno á otro polo del mundo, y la Homeopatía con el corazon entero y la cabeza erguida, se ha paseado triunfante sobre sus pedantes asesinos, arrojando á los charlatanes y pisoteando á los vociferantes y malos médicos, sin que en estos contemos al señor Mata, porque el señor Mata no es médico, ni bueno, ni malo, ni mediano.

(1) Qué disparate! Donde habrá cazado esa medicacion el buen alópata?

(2) Esto ya no es disparate, sino barbaridad.

(3) Que ya venia arregladita con las purgas del Sr. Mendez.

(4) Qué tal. Lintneros, os gusta la espression?

El Sr. Mata no ha visto en su vida un enfermo, el Sr. Mata no ha sido buscado una vez siquiera para aliviar los dolores de sus semejantes; el Sr. Mata se ha pasado la vida facultativa barajando.... sistemas de química y de física; y si puede su voto ser atendible cuando se trate de improvisar cuatro mil médicos sin haber saludado un autor de medicina, ó crear una cátedra para adjudicársela á sí mismo sin mas oposicion, sin otros méritos que el de ser oficial del ministerio cuando la cátedra se creó, no es lo mismo cuando la cuestion versa sobre lo que el Sr. Mata no entiende una palabra. Si para el Sr. Mata es la mejor medicina la que mata mas ó cura menos, pero hace hablar y desgañitarse á sus adoptos, mientras los enfermos se mueren faltos de auxilios verdaderos, hable y desgañitese en hora buena el Sr. Mata hasta marear á sus oyentes. Los homeópatas, entretanto que el Sr. Mata entretiene á su auditorio con su poética medicina, barajando los infinitos sistemas alopáticos con la habilidad que el Sr. Mata sabe barajar, hacen lo que el Sr. Mata no hace ni ha hecho, ni hará jamás, porque para eso se necesita saber algo mas que hablar: curan los enfermos que los amigos del Sr. Mata no pueden ni saben curar.

Siga, pues, el catedrático de Real orden, perdiendo el tiempo en combatir lo que no conoce, y en defender lo que no entiende, y tendrá eso mas que añadir á su vida de orador en materias de prestiligitacion. Cada uno en su destino; el Sr. Mata en el suyo de hacer reir á sus oyentes en el Ateneo; los homeópatas en el ejercicio de su profesion y haciendo lo que el Sr. Mata, hablando mucho, y sus amigos aplaudiéndole, no pueden hacer.

Por último, repetimos lo que el *Duende homeopático* dijo al anunciar las lecciones de crítica homeopática que el Sr. Mata habia de dar en el Ateneo: bastaria que el catedrático de venenos se propusiera combatir la Homeopatía, para probar que esta doctrina era una cosa santa. Si la defendiera dudariamos de ella.

Por lo demas, somos los primeros á reconocer que el Sr. Mata tiene una figura agradable y hasta hermosa, y que esto es una condicion de orador, por mas que Demóstenes, Ciceron, Mirabeau y todos los grandes oradores de los siglos presentes y pasados hayan sido mas que medianamente feos. ¡Qué lástima que el auditorio del Sr. Mata no estuviera compuesto de mujeres!

A PROPÓSITO DE LECCIONES.—Asegúrase que D. Pio Hernandez y Espeso, socio del instituto que se titula *homeopático*, pero que no es ni homeópata, ni alópata, se ha lanzado tambien á predicador en el Ateneo, con el objeto de revindicar la Homeopatía, allá como Dios le da á entender, de los ataques que el Sr. Mata se asesta á sí mismo y á su doctrina, creyendo que los dirige á la de Hahnemann. Mucho sentimos que el Sr. Espeso, obrando con sobrada ligereza, si es en efecto médico homeópata, haya pretendido confundir la medicina de Hahnemann con la charlataneria de los sistemas alopáticos, llevando al terreno de las cátedras del Ateneo el examen de una doctrina que no es aquel el lugar que le corresponde; y donde está el Sr. Espeso dando pruebas bien palpables de que no ha comprendido la medicina del reformador sajón. Sacar á la medicina homeopática del terreno de la práctica y de la ensenanza en sus cátedras *ad hoc*, cuando la haya, es

convertir el sagrado ministerio del médico en lo que lo está convirtiendo el Sr. Mata. La Homeopatía, pura representada en España únicamente por los médicos, que la defienden y practican con esclusión absoluta de los sistemas alopáticos, no acepta para nada, ni toma á su cargo de modo alguno, lo que el Sr. D. Pio Fernandez pueda decir de bueno ó de malo en sus lecciones, quien podrá ser órgano de sus opiniones particulares ó de las del *instituto*, que impropriamente se apellida *homeopático*, pero de ninguna manera lo es de la genuina escuela, que reconoce y sustenta la Homeopatía, como la única medicina verdadera.

A las ocho de la noche del miércoles último encontró el *Centinela* en la subida á san Luis á un su antiguo amigo, hombre pacífico, obeso y un poco zafio, que marchaba jadeando como en busca de algun tesoro, ó huyendo de una cuadrilla de máscaras, que se burlasen de su figura cuadrada.

—¿Donde va V. D. Pancracio? le dijo.

—Al Ateneo.

—¿Y tan apriesa?

—No es para menos el asunto.

—V. al Ateneo... ¿desde cuando se ha hecho estudiante?

—Desde que es preciso sostener á sangre y á fuego mis principios, mis creencias, mi fé y sobre todo mis intereses.

—No entiendo... espíquese V. mas claro.

—Pues hablaré á V. francamente.... yo soy médico y alópata....

—Bien y que?.....

D. Pancracio miró al *Centinela*, como asombrado de que no adivinara la causa de su aturdimiento, siendo alópata; y cogiéndole del brazo, arqueando cejas, mordiendo los labios, rechinando los dientes, echando fuego por los ojos, y convulso como un azogado, añadió:

Pues bien!... La alopatía toca á su fin! Es preciso salvarla de esta terrible crisis que la hunde! Voy, voy corriendo á aplaudir, y aplaudir con todas mis fuerzas hasta los mayores desatinos que diga el Sr. Mata, porque aunque la cuestión para nosotros no es de humanidad, es aun mas sagrada, es cuestión de pan para nosotros y para nuestros hijos.... Adios, Adios.

Y desapareció á pesar de sus diez arrobas de peso, con la velocidad de un relámpago.

Después ha sabido el *Centinela* que su antiguo amigo D. Pancracio, era presidente de la comision de aplausos, y que cumplió aquella noche con su deber, como lo que era.

EL SENTIDO COMUN ESCONDIDO EN UNA JOROBA. Desde que el sesudo *Boletín de Medicina, Cirujía y Farmacia* nos ha hecho dudar que el sentido comun no está donde nosotros creíamos que residia, nos hemos decidido muy particularmente á buscar el escondrijo á que se habia relegado, y gracias á nuestras activas y eficaces diligencias hemos podido dar con el nido. Hasta ahora nosotros habiamos creído de buena fé que el sentido comun lo constituia el asentimiento y concordancia mutua de los hombres, sobre una idea cualquiera. En esta persuasión, su-

poniamos residir el sentido comun, concretándonos á Madrid, en el asentimiento de los hombres de saber y valia de este gran pueblo.

Pues no era así; nos habiamos engañado.

Los médicos homeópatas al renegar de la alopatía, porque en el ejercicio de sus infinitos sistemas, no habian hallado mas que el martirio y la muerte de los enfermos, no tienen sentido comun.

La parte mas ilustrada de los habitantes de la capital, que es justamente la que causada de sanguijuelas y cataplasmas, porque con ellas han visto morir á sus padres, á sus amigos y á sus purientes, y han sufrido en sí mismos mas dolores procedentes de la mano sanguinaria del alópata que los que la naturaleza les habia enviado; esta gran parte de la sociedad, decimos, compuesta de duques, marqueses, condes, ministros, generales, magistrados, gobernadores, banqueros, abogados, literatos, escritores, etc., al desertar de las banderas de la alopatía, ha perdido completamente el sentido comun.

El enfermo á quien los alópatas han llevado á los bordes del sepulcro, y que no queriendo entrar en la fosa, recurre á los auxilios de la homeopatía, y despues, curado por esta, confiesan y declaran el curado y su familia, que la Homeopatía le ha salvado, pierden por este solo hecho el sentido comun, y no son competentes para hacer semejante declaracion.

Sostiene un periódico que la mortalidad relativa entre medicinas opuestas, es el único juez para fallar sobre la bondad ó perjuicio de la práctica de una de esas medicinas; pues los redactores del periódico no tienen sentido comun, segun el Boletín de Medicina.

Pues dónde está el sentido comun? Dónde se ha escondido? Quién lo guarda? Cuál es el dichoso mortal que lo reasume? Quién?

Esta es la pregunta que nos haciamos diariamente, al considerar que se habian quedado sin él, todas las personas y las clases que hemos citado. Pero de esta duda nos ha sacado la atenta inspeccion de un enorme bulto, que sobre los hombros llevaba y aun lleva y llevará siempre, hasta que Dios sea servido cargar con su figura espatularia, un acartonado señor alópata, que dos veces cada dia, pasea cargado con su bulto, desde el Pretil de los Consejos, hasta el Hospital general. Examinado el bulto ó joroba, que agoviando vá al alópata estrafalario, resulta que esa que desde veinte años atrás, hemos tenido por una giba lisa y llanamente, es el saco en que lleva el Sr. E..... guardado el sentido comun de los habitantes de Madrid.

Suplicamos al señor jorobado, que tenga la bondad de descargarse de ese peso, que fatigará demasiado su descarnado esqueleto, y darnos un poco del contenido de su joroba, para no andar en adelante desprovistos completamente del sentido comun que nos ha llevado injustamente.

Con la centésima parte del sentido comun que el redactor del Boletín de anuncios de vacantes de partidos médicos, reasume en su persona, ó, mejor dicho, en la parte superior de su torcida columna vertebral, seguramente no hubiéramos sido tan torpes, que no hubiéramos podido hacernos alguna mas clientela y mejor posicion, que la que

tiene y ocupa el alópata jorobado, y no hubiéramos pisado por trescientos duros anuales, el lado de la inmensa calle de Atocha, mil cuatrocientas sesenta y cuatro veces al año.

HACIENDO UN RÁPIDO EXÁMEN SOBRE LOS PRINCIPALES fundamentos de la terapéutica, dice el Boletín de los alópatas, que las cuatro bases de donde arranca la actual, y aun pudiera decir, toda la terapéutica posible (estos no son teólogos: niegan el *posse*), son: el instinto, el sentido común, la experiencia y el dogmatismo. En el número del Boletín que examinamos, no llega á tratarse mas que de la primera base. Despues de citar los varios casos en que el instinto preside á la terapéutica (asi como el que impulsa á los hidrópicos á beber agua continuamente, que es un gran medio terapéutico para la hidropesta), dice el articulista, que no solo debe estudiarse el instinto del hombre, sino el de los animales (como el de los vivoreznos que apenas nacen se comen á su madre), y concluye lamentándose el Sr. Mendez Alvaro, que es el firmante del artículo instintivo, de que no faltará algun chusco que suponga á los brutos doctores, maestros de los médicos. Sr. Alvaro: nosotros no somos chuscos ni suponemos esas cosas, porque antes que eso nos dijerais, ya lo sabíamos bien para poderlo jurar. Desde hoy mas, lo afirmaremos sobre vuestra palabra.

El Sr. Alvaro no llega á tratar en su primer artículo del *sentido común*. Para euando lo haga, le suplicamos que saque un poco de eso, de la joroba de su compañero y nos lo remita si hemos de poder decir alguna cosa sobre esa segunda base de la terapéutica posible.

UNA PRUEBA MAS DEL BRILLANTE ESTADO DE LA ALOPATIA.

La *Union médica* del 23 de enero, en una especie de memorial que dirige al Consejo Supremo de Sanidad, dice lo que vamos á copiar, para que si alguna vez hemos dicho nosotros, ó decimos en adelante, que la *anarquía*, el *abandono del estudio*, la *lucha de los sistemas*, la *miseria* y la *inmoralidad*, reinan libremente en el cuerpo alópata, no hemos hecho mas que copiar testualmente, las palabras con que así mismos se califican los alópatas. Dice así la *Union médica*:

«Ya es tiempo, seguramente, de que nos conozcamos todos: ya es tiempo, en verdad, de que se sepa y consigne quiénes son los *soi-disant* que dirigen nuestros negocios de intereses profesionales; cómo estos se han desempeñado para inundar la nacion de médicos, para hacer poco menos que despreciable el nombre de cirujano, para que los farmacéuticos maldigan su destino. Ya es tiempo de que mirando en derredor nuestro y á la vista de tanto harapo como nos vemos unos y otros, busquemos el por qué de esta situacion, la causa de este efecto. Ya es tiempo tambien de que se descubra el asiento ú origen de donde parten tantos síntomas que agobian al cuerpo médico, como la *anarquía*, la *desunion*, la *lucha de los sistemas*, el *abandono del estudio*, la *miseria*, la *inmoralidad en fin*. Ya es tiempo de buscar por uno ú otro camino, experimento en pos

de experimento, aquello que convenga, si no á restituir la salud que tan deteriorada está, á paliar, por lo menos, algunos de los innumerables fenómenos morbosos que á todos nos aquejan.»

(Qué lástima de cirujanos! y con cuánta razon se quejan!

A oscuras.—Así nos ha dejado la *Linterna médica*, á oscuras. Esperábamos que este astro reluciente iluminara nuestro ofuscado cerebro, para cantar la patinodía y volver á ingresar en las filas de donde, á Dios gracias, emigramos, y por una fatalidad de las que persiguen á la alopátia, como á todo lo que es malo, hemos tenido el disgusto de palpar que así como hay cámaras oscuras, hay tambien linternas que empuñándose en alumbrarnos trasmitiéndonos su luz por medio de tubos de plumas de ganso, nos dejan en tinieblas: ejemplo de esta verdad un papel á quien llaman *Linterna médica*, sin duda por ironía.

(El Propagador.)

MALA NOCHE Y....—Esto, ni mas ni menos ha sucedido á la opaca *Linterna médica*. Despues de cerca de un mes que ha estado cacareando sin cesar, en cuantos periódicos se publican en Madrid, ha venido á poner un huevo huero: es decir, un huevo del que no puede salir mas que un ser raquítico y sin vida: siendo lo peor del caso que hasta los encargados de pregonar su robustez y lozanía, hayan desahuciado á la miserable criatura, desde el momento que la vieron fuera del claustro materno: quedando por lo tanto avergonzados de habersela comprometido á tal padrinage.

Y luego, como en la pícara alopátia no se encuentran mas recursos que los que tienen la inocente propiedad de destruir la vida, estamos viendo que desde un momento á otro oiremos tosar á muerto.

(El Propagador.)

MUSEO DE PINTURAS Y ESCULTURA.

GALERIA DE CUADROS VIVOS.

Retratos.

El *aceitero* atiza mal la *LINTERNA*: ni aun para distinguir animales de la corpulencia del elefante y el dromedario, dá luz. Si la despavila mejor continuaremos nuestro exámen.

MADRID.—1851.

Imprenta de D. A. Sta. Coloma y Compañía,
calle de la Encomienda, núm. 19.